

SECCIÓN HISTÓRICA

EL P. ANTONIO SEPP,^{OU} S. J.

INSIGNE MISIONERO

DE LAS REDUCCIONES GUARANÍTICAS DEL PARAGUAY

1691-1733

(Continuación)

II — LA DESTINACIÓN DEL P. ANTONIO SEPP AL PARAGUAY

Decenios tenían que pasar hasta que se pudiesen realizar estos tan ardientes deseos del P. Procurador de Indias de poder despachar a las misiones sujetos alemanes.

De Germania Superior eran aquellos cuatro primeros de 1616, y con la fecha de las diligencias del P. Procurador Jacinto Pérez y del P. General Pablo Oliva (1664) vemos un continuo torrente de solicitudes de «indípetas».

Solamente en el decenio de 1661-1671 pidieron ser enviados jesuitas de Germania Superior 90 sujetos, de Austria 52, de Bohemia 11, de Flandes hasta 114; y así siguieron estas encarecidas solicitudes hasta el período de que hablamos.

Nuestro mismo protagonista, el P. Antonio Sepp, aparece entre los «indípetas» un decenio más adelante. Su solicitud es de 1682, escrita en latín y conservada con las demás en el Archivo de Estado en Roma, índice del Gesú *Indipetentes*, autógrafa y dirigida al «Muy Reverendo Padre en Cristo, P. Carlos de Noyelle, General de la Compañía de Jesús en Roma.

Los genuinos hijos de la Compañía tienen por costumbre felicitar a sus nuevos Superiores, y presentarles con esta ocasión sus deseos, por considerar este momento el más oportuno. Por lo tanto, querido Padre, no lo lleve a mal, si también yo, aunque el último de sus hijos, le proponga humildemente mi súplica, y es, que también a mí apuntes en aquel Libro de la Vida que contiene los nombres de los que pueden enviarse a Indias.

El Señor me ayudará en esta empresa, ya que me llamó a la Compañía en el momento cuando yo estaba en el peligro de servir sólo a intereses materiales y a conseguir los favores de los príncipes, con ocasión de un viaje a Inglaterra, como V. Paternidad puede oír detalladamente del Rev. P. Bosch, el cual ha sido mi confidente en Innsbruck... 19 de Setiembre 1682.

Su mínimo hijo en Cristo.

Antonio Sepp.

(Trae la carta el P. Pablo Hernández, en «Organización de los Guaraníes, I, 573.)

Algunas de aquellas alusiones a «favores de príncipes» se explican por la necrología que escribió de él el gran historiador P. Pedro Lozano, S. J., en las Cartas Anuas de la Provincia del Paraguay, 1730-35, refiriendo su muerte en 1733. Escribe en latín: «Ha sido dedicado a la música desde su niñez. Por su admirable voz ha sido escogido para formar parte del coro imperial en Vienna. Su talento musical le sirvió después en gran manera en la misión.»

El mismo Lozano refiere también que el P. Sepp era poeta, y que estando todavía en Augsburgo, enseñaba la retórica.

Realmente, entre los muchos escritos históricos y ascéticos de Sepp, que se conservan en Munich, se halla en la Biblioteca de la Universidad de allí (M. S. 514), el manuscrito del auto sacro: «Austria liberata», y de los trabajos literarios: «Sanguis Martyrum est semen christianorum», y un diálogo «Declamatio pro Paschate».

A fines de 1682 había pedido el P. Antonio Sepp el favor de parte del P. General de ser enviado a «Indias». No tan pronto se le concedió esta gracia. Sólo en 1689 podía salir de su tierra natal y encaminarse primero a España. Allí estaba el Procurador P. Diego Francisco Altamirano, diligenciando ya desde 1684 su gran expedición de misioneros para el Paraguay. Encontramos copias de todas estas prolijas tramitaciones en el Archivo Nacional de Buenos Aires, Sección Gobierno Colonial, Compañía de Jesús (tomo de los años 1670-1702). Llevaron el título: «Testimonio de los despachos y recaudos con que pasaron a estas provincias del Río de la Plata, Tucumán y Paraguay, cuarenta y cuatro (44) Religiosos de la Compañía de Jesús en las naves del Capitán Don Francisco Retana».

Entre todos tenían que hacer el viaje a Buenos Aires 56 sujetos concedidos por el Consejo de Indias en 1684, mas ocho para reemplazar otros tantos muertos durante la expedición anterior, mas el Hermano Coadjutor, socio del Procurador: son 65. De éstos habían ya partido con el P. Alamirano 21 en el año 1685. Quedaron estos 44 sujetos, los que recién en 1691 podían seguir, llevados por el P. Antonio Parra.

Ordena el Rey en los citados documentos «a mi Presidente y Jueces oficiales de la Casa de Contratación de Sevilla, hagan averiguación muy ajustada y puntual de lo que importare el aviamiento, matalotaje y vestuario que se acostumbra dar a estos Religiosos de estos reinos y del gasto que hubieren hecho desde los Colegios, de donde salieron hasta llegar a aquella ciudad, que se les ha de contar a razón de 7 reales cada día por cada Religioso constándoles por testificación de los Superiores... haciendo la cuenta de 8 leguas por día, y más 2 reales de plata en cada uno, de los que se hubieren detenido aguardando embarcación...»

Me ha suplicado (el Procurador General de las Provincias de Indias) fuese servido de mandar se libren en esa mi caja a la de Buenos Aires a Antonio de Parra que va por Superior de dichos Religiosos, lo que importare su *viático*, entretenimiento (manutención) y pasaje... Fecha en Madrid a 9 de Ag. de 1690.—Yo el Rey.—Por mandato del Rey nuestro señor—Don Francisco de Amolaz.»

Contestan los consejeros: «Mandamos por auto del 26 de Agosto de este año... se hiciese la *reseña* de dichos 44 Religiosos por el señor juez semanero... Parece son de los nombres, grados, patrias, edades y señas siguientes: (Sacamos de la lista sólo los nombres más conocidos).

1. El dicho P. Antonio Parra que va por Superior de esta misión, sacerdote, natural de Villa Robledo, Arzobispado de Toledo, de 33 años de edad, de buen cuerpo, moreno. 15. P. Pablo Restivo (el gran lingüista) sac. n. de Sicilia de 32 años, buen cuerpo, blanco, pelo castaño. 17. P. Juan B. Neumann (el explorador) sac. n. de Viena, Austria, 32 años, buen cuerpo, delgado, cargado de espaldas. 18. P. Enrique Cordule (cuya lápida sepulcral se ve todavía en las ruinas de San Ignacio Miní de Misiones) sac. n. de Praga, Bohemia, 33 años, buen cuerpo, blanco, pelo rubio. 20. P. Antonio Adamo. (es el P. Böhm, mencionado por Sepp.), sac. n. de Innsbruck, Tirol, 32 años, buen cuerpo, pelo rubio. 21. P. Antonio Sepp., sac. n. de Innsbruck, en dicho condado de Tirol, de 35 años, mediano, pelo castaño, etc., etc.

(Sigue el documento): Los dichos Religiosos dejamos embarcar. Habiéndose hecho el justamiento por la Contaduría en 3 cuentos 667.500 maravedises de plata considerado el flete y pasaje de cada sujeto a *ciento once ducados* de plata, los señores oficiales reales de Potos pagarán al P. Antonio Parra... además de estos tres cuentos 667.500 maravedís, lo que importan los 44 religiosos, 301.370 maravedises que se dejaron de satisfacer de lo que importó... la expedición de 1685).

Una que otra partida son 3 cuentos 968.870 maravedises, que estos hacen 14 mil 590 pesos escudos, 3 reales y 16 maravedís.

Se consideró cada peso escudo en 512 maravedís...

Ahora por causa de la detención que ha tenido en estos reinos la partencia de los navíos de Buenos Aires del cargo del Capitán Francisco Retana... mandamos se gastare lo que por esta razón corresponde a los 44 sujetos a razón de 2 reales al día... Montan 941 pesos, con los 14.591, son 15.532 pesos. Sevilla, 8 de Enero de 1691.»

(Siguen las firmas)

Al fin de este documento sigue «la visita y reconocimiento de 44 Religiosos de dicha Compañía que vinieron de los reinos de España a estas provincias (americanas) que se hizo en el puerto de Buenos Aires el 9 de abril de 1691.»

Pues cerca de 3 meses (o más exacto 76 días) estaban de viaje, vinieron ya el 6 de abril, según la carta de Sepp.

Fuera de los mencionados 15.000 pesos que gastó la Corona de España por su viático, dice el P. Antonio Sepp en su primera carta después de su arribo que había gastado la Provincia del Paraguay 80.000 duros para los 44 misioneros.

(N. B. El P. Pablo Hernández en su *Organización de los Guaraníes* dice (I. 376 sgs.) que avío y flete, pagados por el Rey venía a ser la cuarta parte de los gastos efectivos. Según el P. Escandón, Procurador de la última expedición» 1763, costaba cada misionero nuevo unos mil pesos.)

III — EL P. ANTONIO SEPP EN BUENOS AIRES

De sus primeras impresiones en la tan deseada Provincia del Paraguay nos da noticia el P. Sepp en su primera carta, escrita a sus parientes en Europa y publicada algo más tarde en el *Weltbott*, del P. José Stöcklein, 428, (carta, n. 48). Oigamos algunas pruebas:

Al principio estaba Sepp algo desengañado, porque Buenos Aires de enton-

ces tenía un aspecto muy pobre, y para las construcciones grandes de después, no había llegado todavía el Hermano Juan Kraus (venido recién en 1697 y compañero por algún tiempo de Sepp.) Dice Sepp en su famosa carta de 1692: «Las casas (de Buenos Aires) son sólo de un piso. No están construídas ni de madera ni de piedra, sino de una especie de pedazos de tierra. (N. B. adobes) y por consiguiente no pueden durar apenas unos 7 años, y se derrumban fácilmente. Los techos se fabrican de junco. Los Jesuítas, son los primeros en construir edificios más sólidos, comenzándolos, hace poco, a fabricar, con cal y ladrillos.

N. B. Eran los primeros comienzos de la Iglesia y del Colegio de San Ignacio en su sitio actual, como hasta hoy indica la lápida.)

Precioso es lo que dice el P. Sepp sobre sus nuevos compañeros en Religión los misioneros de la Provincia del Paraguay: Nuestros Padres nos preguntaron luego, de que Provincia éramos, y como se podía explicar que de nuestra Provincia de Germania Superior hasta ahora no había venido ni un sólo sujeto a estas Indias, (no era exacta esta aseveración), cuando al contrario habían venido sujetos de otras Provincias, hasta de la Galo Bélgica, siendo ellos medio franceses, y ésto desde el principio de la Misión del Paraguay hasta ahora. Parece, nos decían, que vuestra santa Provincia o no aprecia las Indias o no tiene candidatos o pretendientes de las misiones en Indias. Estos 3 puntos hemos refutado con la debida modestia, diciendo que solamente pocos de nuestros colegios, estaban sujetos inmediatamente a la Casa de Austria. Replicaron: Pues ¿no está sujeto todo el Imperio al emperador? Decimos que sí. Pues, entonces, dijeron, estando vuestros colegios en el Imperio Romano, ¿qué dificultad habrá, que mandan sujetos de allá? Pues la Casa de España no sólo es austriaca sino también imperial. Lo que toca en especial a Baviera, está ahora en íntima relación con Austria y España por la Serenísima Doña María Antonia (N. B. hija del emperador Leopoldo, casada en 1685 con Maximiliano de Baviera)» De esto resulta, concluye Sepp, que en la Germania Superior no estamos bien informados, creyendo que sólo súbditos inmediatos de Austria pueden ir a estas misiones.

(Hace Sepp una advertencia curiosa): Es lo mismo ser natural de Baviera, Suavia, Suiza, Palatinato, como ser natural de Tirol y de Viena. En «Hispania» no se fijan en esas diferencias; no las distinguen siquiera, diciendo que todo esto pertenece al Imperio. Les basta que no somos de Francia, porque de sólo esta nación no quieren saber nada».

Después le cae en gracia que los españoles maltrataban los apellidos alemanes, como sucedió con su compañero P. Antonio Böhm, y cómo transformaban la geografía. Salió en la lista de arriba el apellido de su compañero Antonio Adamo, y en otra el lugar de nacimiento: Montepolitanus Ratisbonae *en Tirol*. Hospedados los recién llegados en el Colegio de San Ignacio de Buenos Aires pronto se descubrió que eran músicos. El P. Provincial Gregorio Orosco y los demás Padres estaban muy deseosos de experimentar algunas pruebas de su habilidad. («Estudios Enero de 1924), «Pues, les tocábamos una pieza a la trompa grande, traída de Augsburgo, y otra en la trompa chica, traída de Génova... Tal cosa nunca habían oído estos buenos Padres. Pero lo que les arrebató el corazón era la música tocada con el dulce Psalterio. Ya había usado de la traza que nadie me podía ver, sino sólo oír desde lejos;

pero no podían contenerse por más tiempo y todos acudieron abriendo ojos y oídos. Después toqué yo en compañía con el P. Böhm diferentes clases de flautas, las que yo había comprado en Génova, después también el violín y lo mismo la trompa marina (N. B. instrumento de una cuerda, que suena a manera de trompeta), la que la hice fabricar en Cádiz. Todo era todavía poco, pero por los Padres sumamente bien recibido».

(N. B.) El conocido P. Matías Stróbel dice que el mérito inmortal del P. Sepp consiste en haber introducido el *órgano* perfeccionado).

IV. — EL P. SEPP EN YAPEYÚ

(I. En el Río Uruguay) (1)

Después de casi un mes de descanso en Buenos Aires, partieron los misioneros nuevos por el Río Uruguay a las reducciones indias. Escribe Sepp: «... Varias veces se nos aproximaron los salvajes de la selva, que andaban desnudos y oyeron con reverencia los cánticos sagrados.

A 26 de Mayo (1691) llegamos a un remolino y salto de aguas peñascoso, que se revuelve con furia por espacio de media legua, y por donde era imposible pasar. Desembarcamos, pues, y seguimos a pie. Los indios desarmaron nuestra embarcación, y llevaron arrastrando unos palos tras otros, y también la tienda, los utensillos y bagaje a la parte alta del río, y allí lo volvieron a poner todo en el debido orden en espacio de medio día; con lo que pudimos seguir adelante.

Puso la Divina Providencia este salto como una infranqueable barrera a los españoles: pues, sólo hasta aquí y no más han llegado con sus barcos: y más adelante no tienen comunicación ni tráfico alguno con nuestras reducciones, que todas quedan a la parte de arriba, ni ejercen jurisdicción en lo más mínimo sobre ellas. Esta separación trae indecible utilidad a la religión cristiana, porque si viviesen cerca de ellos (que están dados a vicios que nuestros sencillos y piadosos indios no conocen aún) pronto atenderían el mal con su trato. Hacen también que los pobres indios, a quienes ciertamente Dios ha comunicado el amor a su libertad, vayan con ellos a servirles en esclavitud; y como no pudieran hacer con perros y bestias, los maltratan y estropean. Nosotros los misioneros con celosa fatiga y trabajo los hemos conservado en buen estado.

El 27, 28, 29, 30 y 31 de Mayo continuamos nuestro viaje más allá del Salto contra la corriente con tal felicidad, que el 1.º de junio de 1691, después de un mes cumplido de navegación, hallamos que felizmente, con la protección divina, habíamos llegado a las cercanías de nuestra primera reducción de *Yapeyú*, dedicada a los Tres Santos Reyes.

Hállase esta reducción a los 28 grados de latitud meridional, y por lo tanto 6 grados más cercana al ecuador que Buenos Aires, que, como se ha notado antes, está a los 35 grados de dicha altura meridional.

Aquí dispusimos nuestras embarcaciones en forma de media luna en orden de batalla, y las adornamos, como también las tiendas, con verdes ramos y

(1) Lo puesto entre paréntesis son aclaraciones nuestras.

frutas de las Indias, de suerte que más que otra cosa parecían jardines. Y como cada canoa o bajel se hallaba provisto de sus tamborileros, trompetas y sopladores de chirimías, hicimos resonar a un tiempo una airosa tocada campestre. Ya que nos hallamos tan cerca de Yapeyú, no sólo nos podían oír desde allá, sino también vernos.

El día 2 de junio a punta del sol llegamos finalmente a vista del sobredicho Pueblo, y puestos en orden, como el día anterior, nos fuimos acercando a la orilla con sonora y estrepitosa música.

Luego que los moradores nos divisaron desde la colina en que se halla establecida su aldea, se levantó primero un clamor de «Viva, Viva», con que todos a una, jóvenes y viejos, enfermos y sanos, ciegos y cojos, se apresuraron a correr a la orilla a recibirnos y agasajarnos, y algunos con tanta celeridad, que ni se tomaron tiempo para vestirse, y así acudieron desnudos, otros saltaron sobre el caballo para salirnos más apresuradamente al encuentro, otros se vistieron y armaron con sus fusiles lo mejor que supieron. Nada hubo tan conmovedor como los niños chiquitos, quienes unos por sus propios pies, otros ayudándose de sus manecitas, se apresuraban a venir hacia nosotros con tal ímpetu, que algunos tropezaban y se caían, y otros se precipitaban rodando de la colina abajo.

Lo que no se vió fué ni sombra de una sola mujer, y hubiera sido cosa rara que aparecieran; sino todas estaban congregadas en la iglesia, donde puestas de rodillas ante el altar del Santísimo Sacramento y ante aquel sempiterno Dios que bajo la especie de pan se halla realmente presente oraban por nosotros.

(2. La llegada a Yapeyú, 1.º de Junio de 1691.)

Nos salieron al encuentro al medio río dos galeras pequeñas, bien armadas de arcabuces, en cada una de las cuales iba un taborilero, un trompeta y un tocador de chirimía. Presentáronnos para obsequiarnos una amistosa y nada sangrienta batalla, haciendo fuego una a otra con muy concertado orden. Trocaban unas veces los mosquetes, redoblaban otras los tambores y tocaban al asalto las trompetas, y se perseguían una a otra, ya en círculo, ya en líneas cruzadas. Algunos se precipitaban al río y se ponían a pelear a nado. A lo último se echaron sobre nosotros, se dieron caza por tres veces en círculo a nuestro alrededor para saludarnos. Al fin nos acompañaron a la ribera, donde nos recibieron el Rev. P. Superior de las Misiones y el jefe del Pueblo (que con nombre español se llama «Corregidor», y es un indio) con dos escuadrones de a caballo, y otras tantas compañías de a pié, tropas únicamente formadas de americanos, con cuatro banderas desplegadas y una resonante banda militar. Aquella milicia del país no iba vestida de cueros a lo salvaje americano, sino con uniforme de gala a la moda española, con sus sables, mosquetes, arcos, flechas, lazos y macanas, con cuyas armas ejecutaron su alarde en nuestra presencia, rindiéndonos las banderas.

Cuando nosotros hubimos desembarcado, nos acompañaron todos ante el volteo de las campanas a la iglesia. Era un millar de bautizados, que representa casi un ejército. Condujéronnos con el mayor orden, compostura y devoción. Encontramos en la iglesia a las indias, como ya se ha dicho, puestas de rodilla. Ninguna se vió que levantase la vista, ninguna se meneó. Cantaron en se-

guida los músicos el salmo 116: «Alabad al Señor todas las naciones, alabadlo todos los pueblos, porque de nuevo ha mostrado su misericordia para con nosotros, y su verdad permanece para siempre». Dieron todos juntos gracias a Dios y a los Santos, porque también por sus ruegos, y en especial por la intercesión de la bienaventurada Madre de Dios habíamos sido conservados en tan largo viaje sanos y salvos hasta llegar a este deseado término.

Después de cantar el salmo se presentó en primer lugar el «Corregidor», y luego una elocuente india a decir en su lengua nativa una bien arreglada acción de gracias para nosotros. Esta última arenga venía a decir en traducción (aludiendo a la Víspera de Pentecostés en que estábamos este día:) «Así como el Espíritu Santo, descendió en lenguas de fuego sobre los Apóstoles, y, llenándolos de su divino ardor, los hizo aptos para que inflamasen todo el mundo en el amor de Dios, de la misma manera descenderían otras tantas lenguas de fuego que Padres habían llegado ahora, para abrasar a estos pobres americanos con el amor divino, traídos desde la lejana Europa a fin de que los instruyesen en la fe cristiana, con que pudiesen vivir y morir como hijos de Dios».

De este modo se pasó aquella tarde y el día siguiente en regocijos y parabienes. Por la tarde presenciarnos cuatro diversas danzas, cada una de ellas más hermosa que la anterior. En la primera salieron ocho niños quienes jugaron las picas con arte; en la segunda dos maestros de esgrima; en la tercera seis marineros; en la cuarta seis niñitos a caballo: todos indios, pero vestidos a la española, y eran dignos de verse en Europa ante el Rey o el Emperador. Estos últimos trabaron una batalla a caballo.

Como los juegos de estos Indios se hacían de noche, empero en estas tierras, no hay aceite ni cera, tomaron los Indios grandes cuernos de bueyes, vacíos, los llenaron con grasa y sebo, los encendieron, y levantándolos en alto trocaron la noche en día claro, por lo cual todo parecía más hermoso.

El 3 de Junio, el Día de Pentecostés, todos nosotros, los sacerdotes recién llegados dijimos la primera vez la misa en la Iglesia de los Indios, tanto para dar gracias a Dios por el viaje felizmente acabado, como para pedirle su bendición para el aprendizaje de la difícil *lengua Guaraní*, para hacernos aptos de este modo a trabajar en bien de tantas almas.

Esta lengua mencionada no tiene semejanza ninguna con las lenguas europeas. Sin embargo se hallan entre los indios escribanos tan hábiles, que, sin saber palabra del latín, uno de ellos ha copiado ligerito y con tanta finura un Misal, impreso en Amberes, que algunos sacerdotes se han equivocado teniendo el uno por el otro.

(3. Repartición de los misioneros)

Este mismo día, envió nuestra Padre Superior a los otros Padres, a cada uno a su Reducción; a mi me tocó este lugar del Yapeyú, el P. Böhm la Reducción de San Miguel, distante de aquí unas 100 leguas, de los 2 Padres de Bohemia el uno se fué a Santa Ana, el otro a la Reducción del Corpus, distante de mi 121 leguas; otros a otras partes, pero todos entre los Guaraníes.

Cada una de las Reducciones es administrada por uno o dos sacerdotes a los cuales, a veces se añade un Hermano Coadjutor, tienen que administrar tanto

lo espiritual como lo temporal. De esta clase de Reducciones tenemos 26, que cuentan cada uno 3 hasta 7 mil almas; estos, alcanzando su edad competente, se confiesan y comulgan 4 veces al año; pero los inscritos en la cofradía frecuentan los S. Sacramentos más a menudo. No habiendo más sacerdotes, el Padre está ocupadísimo con bautizar, confesar, casar, visitar a los enfermos, enterrar a los muertos, predicar, consolar, amonestar y enseñar el catecismo a los niños. El catecismo se enseña cada día; lo mismo se reza el S. Rosario cada día con los adultos, juntamente con las letanías y el Salve de la Virgen y con el acto de contrición; y esto, porque son tan olvidadizos, grandes y pequeños, que apenas aprenden de memoria hacer la señal de la Cruz. Todos los domingos y fiestas hay sermón con misa cantada; en la cuaresma 3 veces a la semana un ejemplo; hay además procesiones.

Tiene que hacer el sacerdote también el oficio de sacristán con todos sus quehaceres, como son: adornar los altares, poner los candeleros, colocar por Noche Buena el Pesebre, por Pascua el Santo Sepulcro; tiene además que cortar el lienzo para toda la ropa de la Iglesia para los sastres y las costureras; tiene que fijarse en todo, administrar todo, disponer toda cada día y vigilar su ejecución; de otra manera esta gente tonta y sencilla descuida todo, lo arruina y lo hace mal.

Por lo tanto es obligación del misionero el administrar no sólo lo espiritual, sino también lo *temporal*, la economía de la Reducción entera; tiene que ser, según el ejemplo de San Pablo, todo para todos: Cocinero, comprador, dispensero, médico, enfermero, arquitecto, hortelano, tejedor, herrero, pintor, molinero, panadero, organista, ebanista, alfarero, carpintero con una palabra: maestro en todas las artes y oficios, que son necesarios en una ciudad, distrito, comunidad o familia. Como cocinero mayor tengo que repartir, y mostrar todos los días al ayudante de cocina cuanta sal ha de menester para cada guiso; de otra manera, entregándole todo, lo gastaría todo en una sola comida. Como hortelano arreglo yo mismo con algunos niños mi plantación de hortalizas, frutas y flores, sembrando lo más con semilla traída de Europa.

La viña es tan grande y fértil, que podía fácilmente producir unos 50 arrobas de vino; pero las palomas y hormigas se comen las uvas cuando comienzan a madurar; y lo que al fin se logra para el lagar y la bodega, pronto se vinagra, tanto, que apenas puedo yo salvar un poco de vino de misa. Por eso el vino de estas tierras sube a precios fabulosos: una arroba cuesta 24 hasta 30 duros, aunque por la mezcla con yeso o cal no es saludable.

Tocante a *médicos y medicinas*, si se enferma el Padre, que le ayude Dios, si se enferma el Indio, entonces llaman al Padre, por no entender nadie algo de medicina. Felizmente no los molestan mucho las enfermedades; los más mueren por los gusanos, que por su inmoderada avidez de tragar la carne, se crían en el fango de su estómago y les causan disentería, especialmente cuando hay una complicación de resfrío por su desnudez. Se fomenta esta enfermedad del estómago por no salar, ni fermentar, ni cocer debidamente sus comidas. En semejantes casos me sirvo de medicinas que consisten en hojas de tabaco, ajo, cocido con leche, menta, jugo de limón, por no aguantar los bichos de su estómago ninguna cosa amarga.

De vez en cuando hay epidemia de viruela, y causan grandes estragos en nuestras Reducciones; pero fuera de esta no se conoce en el Paraguay ninguna

otra epidemia o peste contagiosa: en lo cual se conoce la Providencia de Dios, la que allí, donde falta la medicina, nos protege de las enfermedades; pues no hay aquí ni canela, ni moscada, ni azafrán, ni jenjibre, ni clavillo, ni antimonium, ni teriaca, ni mittridad, ni cosa por el estilo. Empero el agua de estos ríos es tan saludable, que cuando uno se ha propasado en comer melones, higos o cualquier frutas, y echa encima un buen trago de esta agua, entonces su intemperancia no le hará daño.

(4. Situación de las reducciones).

Las Reducciones del Paraguay las más de las veces están colocadas en las alturas cerca de los ríos, Paraná y Uruguay; hay en cada una de ellas unas 700 hasta 1100 familias; con esta significación se entiende: el marido con su mujer y sus hijos, cuyo número no es pequeño por la fecundidad de la indígena. Cerca de la Iglesia hay una plaza mayor en cuadrado de unos 400 pasos de largo y otros tantos de ancho. Las casas se reparten en anchas calles como en las ciudades, pero son de una construcción sencilla y baja, sin herraje, de adobes, con techo de paja. Ya comenzamos a mejorar estas construcciones techando con tejas cocidas, no hay ventanas ni chimeneas; por lo cual están ennegrecidas por el humo; no hay piezas, ni aposentos, ni cocina, ni sótano, ni establo; todo esto se halla unido bajo el mismo techo. La despensa es una calabaza, en la cual también se hace el agua; la cama es una hamaca, una red tejida de hojas de palmas y colgada entre dos árboles; los que no tienen para tanto, se extienden sobre pieles de tigre o buey, sirviéndose para cojín de una piedra, ciertamente muy durable. Los ajuares de cocina son una que otra olla. Como cuchara sirve la mano, como cuchillo los dientes, como vaso la calabaza; como asador un palo que atraviesa la carne; y lo curioso es que, mientras está asando la carne por un lado, ya están comiendo del otro lado, así que concluyen al mismo tiempo el cocinero y el comensal; tan pronto como el indio ha devorado un pedazo de carne, ya tiene hambre para otro; por ésto hay indio que no tiene tanta paciencia (para esperar hasta que esté bien cocida la carne), sino lo tiran unos 3 veces por humo y fuego, y lo encaminan luego a la boca, corriéndoseles el jugo colorado por ambos lados de ella.

En lugar de puerta sirve una cortina de cuero; no hay necesidad de cerrar con llave, porque no hay nada que se podía robar.

Viven, pues, en una choza padre y madre, hermano y hermana, hijos, nietos, 4 perros, otros tantos gatos, y más ratas y lauchas, grillos y escarabajos por millares. De todo esto se puede calcular que atmósfera hay por la reunión estrecha de tanta gente mal vestida, de animales y bichos; esto lo tenemos que experimentar, nosotros los misioneros, cada día en nuestras visitas a los enfermos de estas casas, que verdaderamente sin imagen y semejanza del portal de Belén; al asistir en semejantes circunstancias a un pobre moribundo; no se que consuelo me sobreviene, tanto que quisiera yo exclamar con Balaam: «Moriatur anima mea morte iustorum»; ojalá que muera yo del mismo modo como ellos», como los indios; pues, es indecible, con cuanta tranquilidad del alma, con cuanta resignación a la voluntad de Dios, con cuan poca carga de la conciencia, mueren ellos. Ninguna señal de impaciencia, ni gemidos, ni gritos desafortunados, se oyen aquí, ni aun en enfermedades largas y dolorosas. No

se quejan ni de sed, ni de calor o frío, ni de sus dolores que pãdecen, no se congojan por la mujer que queda viuda, ni por los hijos que quedan huérfanos, porque saben muy bien que de ellos cuidará el misionero aunque no deja nada para ellos. Pues toda su fortuna consiste en una calabaza; por lo tanto no tiene que molestarse por las deudas que no tiene, ni por el testamento, ni por arreglos con sus contrarios; pues, poco lugar hay para discordias, donde no se pueden disputar los bienes. Felizmente no podía invadir todavía estas Reducciones ni pretenciones ni envidias. Por lo dicho estoy persuadido que bajo este sol no había otra nación, donde se muere con igual tranquilidad como aquí entre estos pobres y tan despreciados indios.

No tienen más vicio que el mencionado, la intemperancia en comer carne, y la continencia. Por esto dispensa la Iglesia los matrimonios en tercer grado de parentesco; por esto procuran los Padres casarlos cuando antes las mujeres con los 14, y los varones con 16 años; ni siquiera se permite a ellos fácilmente quedarse por más tiempo solteros por la experiencia de los peligros y de su fragilidad moral, tampoco hay dificultad en casarlos pronto; porque estos pobres no tienen que preocuparse ni de derechos de casamiento, ni de dote, ni de vestido y banquete nupcial; pues el hogar nuevo, el vestido nupcial (consistiendo para varón, en 5 varas de franela y para la mujer otro tanto), el banquete (consistiendo en 2 vacas, 2 panes, sal y miel) todo esto lo proporciona el Padre Misionero, el cual dispone también que se reparta a la familia nueva en adelante lo que necesita para su mantenimiento. El dote que la novia trae al novio consiste en una calabaza, con la obligación de traer con ella el agua del río, mientras el indio de su parte no promete más a su esposa, que traer la leña, con la particularidad que no ha sido él que se eligió su consorte, sino que la muchacha ha indicado al Padre, con quien deseaba casarse. El escogido es citado delante del misionero y generalmente no tiene que oponer nada en este asunto. Con esto basta.

CARLOS LEONHARDT.

(Continuará)